

SOBRE LA UTILIDAD DE LA PRAGMÁTICA EN LA CLASIFICACIÓN DE LOS EUFEMISMOS

La clasificación del eufemismo ha recibido gran atención por parte de los estudiosos, que la han abordado desde dos puntos de vista: uno extralingüístico, atendiendo a los temas o causas externas al lenguaje; con lo que, en realidad, se clasifica la interdicción: Ch.E. Kany, S. Ullmann, A. Carnoy, etc. Por ejemplo, E. Montero Cartelle ofrece ésta¹:

- a) Interdicción mágico-religiosa.
- b) Interdicción sexual.
- c) Interdicción escatológica.
- d) Interdicción social.

Pero el punto de vista que presenta mayor interés y objetividad es el lingüístico. En este sentido, la extraordinaria variedad y riqueza que muestra el eufemismo ha ocasionado que, de forma progresiva, las clasificaciones de los estudiosos hayan ido introduciendo cada vez más procedimientos hasta hacerse realmente muy amplias y complejas. Por ello, soluciones como las que aportaron É. Benveniste o S. Ullmann² al respecto (modificación y sustitución), resultan muy simples actualmente.

Hace ya años que, entre otros, autores como R. Senabre, N. Galli de' Paratesi o M. I. Gregorio de Mac³ presentaron sendas clasificaciones amplias y detalladas, que desgranaban mecanismos muy precisos (aposiopesis; adición, cambio o supresión de sufijo; extranjerismos, circunlocuciones, modalidad, metáfora, metonimia, etc.). Contando con aportaciones como las señaladas, otros lingüistas han ampliado el número de procedimientos para presentar clasificaciones aún más minuciosas. Tal es el caso de E. Montero Cartelle⁴, que

¹ *El eufemismo en Galicia. Su comparación con otras áreas romances*. Anexo 17 de *Verba*. Universidad de Santiago de Compostela, 1981, p. 30.

² En, respectivamente, «La blasfemia y la eufemia», *Problemas de lingüística general II*, México, Siglo XXI Editores, 1977, pp. 256-9; *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Madrid, Taurus, 1991, pp. 230 y ss.

³ «El eufemismo como fenómeno lingüístico», *BRAE*, 51, cuad. 192, 1971, pp. 165-89; *Semantica dell' eufemismo. L' eufemismo e la repressione verbale con esempi tratti dall' italiano contemporaneo*. Torino, G. Giappichelli Editore, 1964 (hay ediciones posteriores); «Diferencias generacionales en el empleo de eufemismos», *BICC*, XXVIII, 1973, pp. 14-28.

⁴ Cit., p. 45.

diferencia tres tipos de procedimientos eufemísticos con subdivisiones posteriores: paralingüísticos, formales y semánticos. Posteriormente, M. Casas Gómez⁵ realiza una propuesta tan exhaustiva como la anterior y coincidente en muchos aspectos con ella.

Pero ni siquiera clasificaciones con la meticulosidad de estas últimas agotan la relación de posibilidades que de estos mecanismos ofrece la lengua. Así, por ejemplo, también puede añadirse a la lista el eufemismo metalingüístico, del tipo:

No le repito a usted las palabras exactas porque decía algunas que para qué⁶.

Bueno, permítame usted que no le diga lo que a veces me soltaban. Oiga, ¿por qué serán las mujeres tan mal habladas y peor pensadas? (119)

Es este un recurso amplio que abarca diversas posibilidades, una las cuales consiste en la denominada por E. Montero «atenuación por inserto», con la que un disfemismo se atenúa mediante expresiones del tipo «con perdón», «hablando con respeto», etc.

Hay también fenómenos en esas clasificaciones que pueden desgajarse en procedimientos eufemísticos concretos, como sucede con la *omisión*, que, cuando es de agente, cabe eludirlo mediante nominalizaciones, construcciones pasivas, estructuras impersonales, etc.⁷. Por ejemplo:

Le mataron, hombre, a ver, luego, como a tantos otros. (303)

A algunos los mataron como a perros. (305)

La omisión del sujeto léxico resulta aquí eufemística porque es en el contexto de los vencedores de la Guerra Civil donde a esta hablante del bando contrario se le exigen declaraciones sobre sus familiares. Como es obvio, los procedimientos que ofrece el lenguaje sólo adquieren valor eufemístico cuando hay detrás una coacción externa, social o psicológica; es decir, cuando hay una interdicción.

En el verbo, junto al uso de tiempos y modos con finalidad elusiva, podría figurar también la transformación de las personas del singular en las del plural con carácter generalizador y paliativo. La brusquedad de un reproche, de una crítica o, con el plural de modestia, la responsabilidad del hablante sobre lo que dice quedan así atenuadas o diluidas.

⁵ «Notas sobre la clasificación lingüística de eufemismo y disfemismo», *Actas del III Congreso Nacional de Lingüística Aplicada*. Ed. de F. Fernández, Universidad de Valencia, 1986, pp. 599-622.

⁶ Alonso Zamora Vicente, *A traque barraque*, Madrid-Barcelona, 1972, p. 37; a partir de ahora sólo se citará la página al pie de los numerosos ejemplos extraídos de esta obra.

⁷ De gran interés en cuanto a procedimientos sintácticos de elusión es el estudio de Beatriz R. Lavandera, «Decir y eludir: una propuesta metodológica», *Filología*, XX, 2, 1985, pp. 21-31.

Siguiendo con las clasificaciones, la ofrecida por M. Casas Gómez incorpora, entre los semánticos, un mecanismo que creemos de interés, las «circunlocuciones alusivas», las cuales –dice– expresan indirectamente o de manera implícita el concepto proscrito, y manifiestan un significado derivado que no es literal.

Pero el fenómeno no es tan simple como ahí se presenta, puesto que puede desplegar una complejidad mucho mayor que la derivada de la mera circunlocución, concretamente cuando abarca unidades más extensas, incluso largos textos, como veremos.

Su estrecha conexión con el eufemismo ha sido muy claramente señalada por O. Ducrot⁸, que indica dos orígenes del implícito, el primero de los cuales es precisamente que «depende ante todo del hecho de que en cualquier colectividad, hasta en la en apariencia más liberal, incluso libre, existe un conjunto importante de tabúes lingüísticos. No debe entenderse sólo por esto que existan palabras –en el sentido lexicográfico del término– que no deban ser pronunciadas, o que únicamente deban serlo en determinadas circunstancias, estrictamente definidas. Lo más interesante para nosotros es que existen temas que, en su totalidad, están prohibidos y protegidos por una especie de ley del silencio [...]. Y existen, para cada locutor, en cada situación particular, diferentes tipos de informaciones que no puede dar [...]. En la medida en que, a pesar de todo, pueden existir razones apremiantes para hablar de ellas, es necesario disponer de determinados modos de expresión implícita, que permitan dar a entender algo sin incurrir en la responsabilidad de haberlo dicho».

Pero junto a la implicatura, la lingüística pragmática ha desarrollado otro concepto que los hablantes también aprovechan a veces con finalidad eufemística, la presuposición. En consecuencia, tanto ésta como la implicatura han de tener cabida en la clasificación del eufemismo.

Aunque están estrechamente ligados, entre ambos fenómenos existen diferencias claras⁹, entre las que destaca, sin duda, ésta: los contenidos presuposicionales dependen del significado literal de los enunciados; el hablante es responsable, por tanto, de ellos y no puede negarlos. Las implicaturas, en cambio, no pertenecen al contenido literal de los enunciados; dependen fundamentalmente de la interpretación que haga el receptor, de modo que el hablante siempre puede evadir la responsabilidad, argumentando que no ha dicho tal cosa.

⁸ *Decir y no decir. Principios de semántica lingüística*, Barcelona, Anagrama, 1982, p. 11.

⁹ Como es sabido, los estudios sobre estos aspectos son abundantísimos; así, R. Kempson, *Teoría semántica*, Barcelona, Teide, 1982; J. Lyons, *Semántica*, Barcelona, Teide, 1981; O. Ducrot, ob. cit.; *El decir y lo dicho*, Barcelona, Paidós, 1986; B. Schlieben-Lange, *Pragmática lingüística*, Madrid, Gredos, 1989; S. C. Levinson, *Pragmática*, Barcelona, Teide, 1989; S. Gutiérrez, *Introducción a la semántica funcional*, Madrid, Síntesis, 1989; etc.

Pues bien, nuestra intención es detenernos en estos fenómenos para examinar su funcionamiento eufemístico en textos concretos. Utilizamos para ello ejemplos extraídos de *A traque barraque* (1972), obra ya citada, que se ajusta perfectamente a nuestros propósitos, puesto que es un espléndido reflejo de la lengua coloquial y, al mismo tiempo, su realismo, variedad y viveza, aparentemente espontáneos y ajenos a toda artificiosidad, responden a una cuidada elaboración literaria, porque «no se trata de meras transcripciones magnetofónicas, sino de una síntesis expresiva en función estética, por obra del artista»¹⁰.

En consecuencia, por ser un variado registro del español de uso cotidiano, junto a refranes, frases hechas o truncadas, elementos afectivos, repeticiones, expresiones de relleno..., brotan también eufemismos de diversa índole. Y, a la par, la manipulación literaria realizada por el autor consigue potenciar el procedimiento eufemístico, como se verá, en técnica eje de algunas narraciones, e incluso en parte de uno de los mecanismos que dan unidad a los treinta y dos relatos de la obra, que, de otro modo, podrían parecer totalmente aislados e inconexos a pesar de pertenecer todos ellos a un mismo título unificador.

Pues bien, de igual modo que, como hemos visto, se ha afirmado que todo implícito, toda implicatura es, por su misma índole, eufemística, otros estudiosos han asegurado que también todos los eufemismos son implicaturas¹¹; es decir, se hallan generados por la burla manifiesta de alguna o algunas de las «máximas conversacionales» establecidas por H. P. Grice. Éstas, como es sabido, son leyes pragmáticas que, dentro del «principio de cooperación» existente entre los hablantes cuando dialogan, son respetadas normalmente por el emisor, que puede quebrantar alguna o algunas de esas normas con la intención de que el oyente se percate de ello, para ofrecerle así una información extra, una información que el oyente deduce sin que derive directamente del enunciado. Parece fácil de aceptar que esto es inherente a todo eufemismo, cuya razón de ser consiste precisamente en eludir, en velar la expresión directa de algo desagradable. Sin embargo, cuando se trata de eufemismos pertenecientes al conocimiento común de los hablantes, es insostenible pensar en contenidos simplemente sugeridos, puesto que incluso aislados y fuera de todo cotexto y contexto el hablante los reconoce como tales, aunque vayan acompañados de una mayor o menor ruptura con la verdad, claridad, brevedad, etc., es decir, con las leyes que han sido establecidas como generadoras de

¹⁰ Emilia Zuleta, «La narrativa de Alonso Zamora Vicente», *P.S.A.*, t. LXX, nº CCIX-CCX, 1973, p. 211. La producción de A. Zamora Vicente ha sido ya objeto de numerosos estudios; así, en este mismo volumen, los de D. Alonso, R. Lapesa, A. Priego, M. Bataillon. De igual modo, J. Sánchez Lobato, *Alonso Zamora Vicente*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982; A. Viudas Camarasa, «Teoría y praxis de la novela en Alonso Zamora Vicente», *Anuario de Letras*, XXVII, 1989, pp. 191-246.

¹¹ Cf. S. C. Levinson, cit., p. 147.

implicatura cuando parecen violadas. Por ejemplo, las deformaciones fónicas con que se oscurecen y suavizan determinadas interjecciones: *leñe* (89), *demonstre* (50), *diaño* (165), *joboba* (159), *jobobeta* (89), etc.

Lo mismo sucede en expresiones o lexemas característicos también de la conversación ordinaria -y, por ello, abundantes en *A traque barraque*.

Mira un poco contra el gobierno (156); *usted no carbura mucho* (264); *está medio lila* (135); *mujeres descarriadas* (186).

De igual modo, es imposible ver contenido extra alguno, sólo sugerido y no expresado, en eufemismos del tipo *Que vuelva su tía, perdón* (60). Etc.

Pero sí es cierto que en otros muchos casos el contenido se halla sugerido y podría cancelarse. Tanto es así que, a veces, sólo puede entenderse de manera muy general: no es posible reconocer la referencia concreta o son posibles varias interpretaciones.

De todas formas, señalar en estos casos la ruptura con alguna de aquellas máximas y la consiguiente existencia de implicatura no da cuenta de la gran variedad de eufemismos utilizados en el uso común del lenguaje, ni es un análisis suficiente para explicar el valor eufemístico. Y es porque aquí lo fundamental es el procedimiento lingüístico concreto -pueden acumularse varios- que se emplea: la perífrasis, el modo, la metonimia, etc., son los resortes básicos a partir de los cuales se genera, secundariamente, alguna implicatura. He aquí algunos de los procedimientos fundamentales que se registran en nuestra obra, donde, paralelamente al uso coloquial del español, el resorte más frecuente es la aposiopsis, la interrupción brusca del discurso con un silencio:

Una desazón como la de la guerra [...] Que si llaman... Que si dicen... Que si a fulanito... a menganito... (279)

Cruesas mujeronas que coreaban a la... la... la... la... Aquélla. (107)

Las sugerencias que despierta una suspensión pueden resultar humorísticamente truncadas:

Y a casarte con la Matildita, mi prima. Vaya, vaya. Quién lo iba a decir. Pero yo, como amigo, debo avisarte. Mi deber es advertírtelo, yo soy hombre de ley. La Matilde es una chica bárbara, es guapetona, bien puesta [...] pero... (222)

Las severas conjeturas se diluyen pronto:

La Matildita, de alemán, ni pío. Y no va a estar contenta. (224)

O se truncan expresiones fijadas, incluso palabras:

Me salió de... (89); *Tú piensa, pedazo de...*(232); *Nos ha...* (56); *Qué ca...* (120)

Es obvio que en ejemplos así se sugieren unos contenidos a partir del quebrantamiento de la claridad y, sobre todo, de la cantidad de información necesaria, hasta el punto de que el propio hablante nos lo confía, a veces, metalingüísticamente:

Yo, entonces, ya no tengo miedo a... Bueno, no quiero decirlo, usted me comprende. (283)

Con todo, la clave del fenómeno eufemístico reside en el procedimiento de suspensión. De igual modo que reside en la utilización del morfema diminutivo, cuya expresión de aminoramiento no es aquí verdadera:

Ya se notaba que era usted mayorcito (18); Si nos hemos enterado de que hace unas preguntitas [...]. Y también es casualidad, hombre, se las hace siempre a las personas casadas. (234)

Hay un procedimiento gramatical muy simple, y frecuente tanto aquí como en la conversación común, que afecta a la claridad y cantidad de información; pero se fundamenta en el uso de adverbios y de formas neutras o indefinidas. Poseen un significado gramatical preciso, pero sus posibilidades referenciales son ilimitadas, de modo que, dependiendo de que pese sobre ellos una interdicción contextual, pueden adquirir carácter eufemístico en el discurso:

Oiga, ¿usted cree que allí, bueno, usted me entiende dónde, la Petronila seguirá asando castañas [...]? (207)

Yo no creía que la bombonera tuviese esto, así, vamos, esto tan voluminoso... (44)

La guerra civil es bastante recurrente en estas narraciones, como en el caso del siguiente personaje, que habla cuando ya están vetados términos como *rojo*, *republicano*, *comunista*; por ello prefiere la expresión menos comprometedora *los otros*:

Yo venía de «los otros» (244); Yo era de «los otros». (248)

La poesía está destinada a gentes así, bueno, usted me entiende (265); No, no era nada, uno que tocaba el timbre de la bicicleta y decía se acabó la función, ahora un descanso... Como ves, uno así así. (99)

Al menos contra la claridad y la brevedad necesarias atentan los eufemismos que se realizan con perífrasis. Como es de esperar, en esta obra son, por lo general, conversacionales:

Tú, Facundo, a ver si te contienen, que eres largo de mano (46); Cuando uno se largue del todo (36); A ver si la vais a agarrar y no sabéis volver. (46)

El autor parece querer desorientar a los lectores con el título de la narración «Un mal viento», puesto que pueden creer que están ante una variante de la fórmula, metafóricamente paliativa, «malos vientos» o «correr malos

vientos» 'ser las circunstancias contrarias o perjudiciales para la cosa o persona de que se trata'¹². Y no es así, porque, efectivamente, a Chonina la elevó por los aires un mal viento que le resulta rentable.

Hay otros eufemismos que atentán además contra la verdad, pero que se explican fundamentalmente por ser léxicos. En estos casos, a través de la metáfora, el extranjerismo, etc., un lexema, sin perder su significado, *designa* algo negativo. A pesar de ser abundantes en la lengua conversacional, en esta obra ofrecen poco interés, porque son escasos y suelen recurrir a la imprecisión archilexemática:

Nunca han pasado tantas cosas como desde que hay esos chus, que vaya cosas que pasan, y con casadas. (43-4)

Me hablaron de depurarme, que yo creía que iba a ser una operación para enderezarme el pie. (244)

Muchos de mi gente han tenido mucho, muchísimo miedo a ese trance. (283)

Un ejemplo llamativo es *succionador*, que aparece con relación al perifrástico *tirador de pecho*; el título mismo de la narración es «Goyito, tirador de pecho»: el personaje tenía como profesión mamar de las madres que habían perdido a sus hijos:

Me anunciaba en El Liberal: Gregorio Dulce Cremoso. Succionador. Seriedad. Economía. Limpieza. (121)

Tan oculta y ennoblecida queda esta ocupación de *mamador*, *mamón* o *mamante* (D.R.A.E.), que son varias las posibilidades de interpretación implicadas; no es extraño que un supuesto interlocutor infiera erróneamente que el «tirador de pecho» se dedicaba a «tirar al blanco». Ya avanzado su monólogo, Goyito se ve obligado a delimitar claramente:

Mamar, hombre, mamar (116). Además, el verbo, y en infinitivo, es más suave que cualquiera de los tres sustantivos citados anteriormente.

Pero frente a todo esto, en otros casos el mecanismo generador del eufemismo radica fundamentalmente en la sugerencia o sugerencias que el hablante despierta en el receptor con mensajes de significado literal «inocente», que le eximen de toda responsabilidad y le dejan libre para, en su caso, negarlas sin entrar en contradicción. Claro es que los conocimientos extralingüísticos del receptor son imprescindibles para descifrar acertadamente el mensaje:

A mí no me la da. Siempre en la esquina con un chico y nunca el mismo. (31)

Yo comprendo que Fermín tenga necesidad de divertirse alguna vez, pero no hace falta que disimule y me tome el pelo. ¿Usted cree que yo me voy a tragar que se distraía montando

¹² Cf. María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1975, s.v. *viento*.

en camello en las islas esas? A otro perro con ese hueso, hombre. Ni que una se chupara el dedo. Habrá que ver a qué llaman camellos ahí. (76)

Obsérvese la espontaneidad y realismo con que ejemplos como estos reproducen formas y expresiones con las que la lengua coloquial sugiere contenidos que van más allá del significado de los términos o frases utilizados.

En este otro, las palabras de la única hablante presuponen un eufemismo común y paralingüístico (toser) para velar la acusación de engaño; y, al propio tiempo, sugieren esa misma interpretación, que no deriva de los significados:

Yo voy a cumplir el mes que viene diecisiete años. Oye, haz el favor de no toser. ¡Anda, ésta! A mí me da lo mismo que tosas o no, ¿te enteras, guapa? (212)

Perdóneme, pero esta tos... Bah, qué más da. Dentro de poco, todo se habrá resuelto, ya lo verá, ya.. (249)

He aquí un marido que se siente engañado y ofendido, pero miente y escamotea información y claridad:

Ahora, pasado todo, ni veo las bromas de la gente a costa de mi pie fallido y de la afición al baile que tenía la Pruden. Que era una afición excesiva, pero tenía derecho a disfrutar, a ver si no. ¿Que era siempre con el chorlito aquel meapilas del Quintín, el hijo del boticario? ¿Y qué? (246)

La implicatura se refuerza con otros procedimientos eufemísticos poco después:

Y un mantón de flecos regalo del Quintín del... Bueno, no debo decir palabrotas, no está bien. Aparte de que el fulano fue a ver a la Pruden al hospital un par de veces antes de que se muriera, se ve que era afectuoso. (247)

De este otro texto se infieren fácilmente el embarazo y la relación sexual:

A usted lo veo con cara de que se lo han debido decir. Pues, sí, ya ve, es verdad, nos tuvimos que casar y largarnos [...] y ya hasta me habían sacado coplas [...]. Y, por si fuera poco, la familia de él no podía verme ni en pintura. Que si había arruinado a su hijo. Que si le había dado bebedizos [...]. Y nosotros sin caer en la cuenta. A ver, la casilla, olía la jara requemada de agosto, recuerdo un día de Santiago, fiesta en el pueblo, no había por allí un alma, todos en los cohetes, en las verbenas, en las carreras de sacos, en la capea, en la procesión, y allí, en la casilla, el calor, el cuadro cegador de la puerta por donde se entraba a raudales la siesta, de vez en vez la raya de una golondrina. (301)

Uno de los casos más simples de implicatura que señalan los estudiosos es cuando el emisor renuncia a seguir hablando y apela a la capacidad de inferencia del oyente:

Echan Irma la dulce, es un rato divertida, una fulana que, bueno, ya te imaginas... (220)

Es frecuente que se acumulen a este otros procedimientos eufemísticos, como sucede en el ejemplo anterior (el emisor vacila, omite, deja en suspensión).

A veces el contenido sugerido se confirma enseguida expresamente:

Estábamos contentos en nuestra chabolita, pero, aquí... Es que aquí no dejan en paz a nadie, ya lo ve. Que si era una vergüenza, que qué barbarie, que qué pecado, que si un horror, que si el mal ejemplo para el pueblo... El pueblo, no vea usted para lo que valía el pueblo, para recibir el ejemplo de un chatarrero y de su mujer, bastante bien avenidos, no nos metíamos con nadie; se lo juro por éstas... Sí, claro, es que, ya me comprende usted, estábamos, bueno pues sí, arrejuntados. (204)

[Algunos niños] *me preguntan cuando llego: «¿Qué, señora Dolores?, ¿estará hoy su hijo arriba?» Y se ríen mucho al decírmelo (299).*

Y la conjetura se confirma más adelante:

Los ratitos en que una dispone de lucidez, éstos en que notas que las gentes se llevan un dedo a la sien en cuanto das media vuelta, pero que tú lo ves, siempre hay un cristal oportuno para verlo, o peor aún, lo presentes que lo hacen, no sé, lo adivinas, bueno, es que notas en tu sien el movimiento de tornillo que ellos hacen con la yema de su dedo sucio... (308)

También en la conversación ordinaria surge la percepción de un «retintín», de una información extra difícil o imposible de descifrar, como sucede alguna vez en estas narraciones. Así, en los ejemplos siguientes tenemos las palabras de unos personajes que, en primer lugar, presuponen supuestas intervenciones del interlocutor; y, en segundo lugar, sugieren, eufemísticamente, una información extra pero enigmática:

Dina, los calcetines y la maquinilla de afeitar, que me largo a la Seu... ¿Cómo ha acertado usted que me lo dijo una mañana, al levantarse? Jesús, qué cosas se le ocurren a usted, señora. La hoja de afeitar era sólo para eso, para afeitarse... (78)

¿Qué está usted rezongando ahí de guerra tibia y al baño María? (69)

Como decíamos, existen también otras implicaturas de carácter eufemístico sólo posibles en la elaboración literaria. Alonso Zamora Vicente las utiliza en ocasiones en esta obra como procedimiento técnico, como eje de la narración, con cuyo desarrollo el lector va conectando determinados datos sobre un contenido que, de forma progresiva, va haciéndose más evidente. Y esto, sazonado de humorismo, consigue del lector la perfecta complicidad y colaboración que le permiten interpretar adecuadamente lo narrado. Así ocurre en «No es para tanto», que se sostiene en la acumulación de indicios, de pistas encaminadas a descubrir progresivamente un hecho repulsivo: unos artistas de circo mantienen en conserva el cuerpo de una compañera, Ramona, que había muerto de una pleuresía; y, a falta de otros alimentos, la utilizan, aliñada, para

ofrecerla en tapas a sus invitados. Desde la referencia al Juzgado (156) hasta la afirmación final «¡Con lo mucho que le había costado al Fede salar bien a la Ramona, balanza en mano, kilo de sal, kilo de carne!» (162), se sucede una retahíla de indicios que van cerrando otras posibilidades interpretativas; así:

Que su Clarita se iba a morir de asco, que su Clarita no comería ya más carne en su vida. Ay, ay, ay, nada de carne, en jamás de los jamases, y que lechuga, lechuga y nada más que lechuga.

A ver quién le cuenta ahora lo que falta, a ver, ande, a ver.

La Ramona fue y cascó. Había adelgazado algo [...]. Y las subsistencias cada vez más caras.

Pero lo malo eran las tapas. ¡Es que no había nada, nada, nada de nada!

Fede, mi yerno, fue a buscar algo más. A ver, qué quiere usted que trajera.

El oso se había ido comiendo poquito a poquito la preparación, pero la verdad, quedaba lo mejor [...]. Quedaban las pechugas, los muslos, los mollones de los brazos. Por cierto, a Petro [el oso] le costó mucho pasar las orejas, nunca supimos por qué.

Y fue entonces cuando, ya ve si no fue una tontería, la Clariboba de las narices, se atragantó con una pulserita [...]. Y, claro, como la Clarita sabe tanto de anatomía, o de medicina, o de las manos, o como se llame eso de los huesos de la muñeca, patatús al canto. Espumarajos, convulsiones, vaya con la niña, y sin parar: ¡Son metacarpianos, son metacarpianos, son metacarpianos!

De forma parecida, «Luisillo, inventor colegiado» (23 y ss.) presenta un personaje –tratado por el autor con afecto y ternura: «Luisito», «Luisillo», «llegaba siempre silbandillo», «un buen chico»– cuya locura no se explicita; de todos modos, el lector advierte enseguida y fácilmente que su comportamiento es anormal. La exactitud de tal juicio se confirma con la situación que irrumpe en el último párrafo de la narración, donde los significados de *enfermeros*, con *bata blanca* y *sanatorio* se cargan de connotaciones para ofrecer una referencia concreta evidente: loqueros y psiquiátrico:

Cuando se llevaron a Luisito, el paso digno, la corbata muy bien puesta, la bata blanca de los enfermeros contrastaba tristemente con su alegría exultante [...]. Le he escrito al sanatorio.

El «humor negro» atraviesa la narración titulada «Casa de huéspedes»: una de las dueñas describe la situación de su hospedería a un posible cliente, que no llega a emitir ni un monosílabo. Y pronto, con toda naturalidad, comienza a aportar datos inquietantes (pp. 285-97):

Ni a mis hermanas ni a mí nos agrada ese bullebulle de los periodistas, que, por menos de nada se plantan aquí, y venga fotografías, y preguntas y que si fue y que si vino, y que si le hacíamos o no le hacíamos los venenos que empleó éste o aquél o el de más allá. No haga caso.

Una vez que usted entre, en su cuarto quiero decir, yo echaré la llave. Usted no saldrá por mucho que oiga gritos, porrazos, juramentos.

La condesa del Zorzalito, otra que tal, que también tuvimos que echarla, vaya humos que se gastaba y no tenía donde caerse muerta. A los tres meses sin pagar, tuvimos que dejarla en el cubo, ni siquiera gritó cuando la volcaron en el triturador del ayuntamiento, debía de estar muy cansada.

Del conocimiento extralingüístico más elemental se obtiene en el texto siguiente la evidencia de que un huésped fue ahogado y mantenido en aceite por unas asesinas aquejadas de un tipo grave de locura:

Era un chico encantador, tan finolis él, estuvo algo bruto cuando quisimos meterle en el tinajón de aceite, nos puso de pena, pero allí está, tan tapadito, doradito, algo arrugada la americana, pero el aceite ha subido tanto... Era tan amable, me escribió aquella carta tan expresiva: Estoy muriendo, que no hay sin ti el vivir para qué sea... Pero, lo que tienen las cosas, na ha vuelto a hablar, se ve que era todo mentira.

Y con descripciones como éstas, que recrean detalles macabros y escatológicos, acaba resultando, en realidad, una narración plagada de disfemismos. Sin embargo, no se explicita directamente, al mismo tiempo, que las dueñas están locas, que asesinan a sus huéspedes, que conservan durante años los cadáveres... De este contraste es de donde deriva el humor negro: hay unos contenidos negativos evidentes, pero, a la par, sólo deducidos gracias al conocimiento extraverbal del lector. Como los deduce, paralelamente, el aspirante a huésped que, sin decir palabra, huye despavorido:

Verá qué jovial es Paulinita, es la más niña... Pero, hombre... Con lo simpático que me cayó usted, que le pensaba perdonar el mes adelantado... Si será... Desde hace algún tiempo, qué huidizos andan los hombres...

Como decíamos, también la presuposición sirve de recurso para enmascarar, eufemísticamente, algo negativo.

En este aspecto, es necesario señalar primero que esta obra comprende treinta y dos narraciones separadas¹³. Y aunque no existe un argumento que se desarrolle progresivamente desde el principio hasta el final, y aunque los personajes de cada narración son independientes entre sí, técnica y lenguaje proporcionan a la obra una perfecta unidad. Todas estas narraciones, cortas, tienen en común el que la técnica de su desarrollo estriba en el falso diálogo: un solo personaje, tremendamente charlatán, se adueña de la narración, por lo que el aparente diálogo con el supuesto interlocutor, cuyas intervenciones se omiten¹⁴, se convierte así en un monólogo, tantos como narraciones contiene la obra.

¹³ Para algunos estudiosos se trata de una novela; «colección de cuentos» la considera R. Lapesa (cit., p. 334).

¹⁴ Sólo alguna vez interviene el narrador u otro personaje.

El mecanismo consiste en que las palabras mismas del único personaje que habla conllevan que ha existido una réplica por parte del receptor; réplica que se nos presenta, pues, presupuesta, pero que es en realidad inexistente, como inexistente es el supuesto personaje que está fundido, diluido en el único hablante. Cuando la presuposición se refiere a algo considerado, extralingüísticamente, negativo, estamos ante un eufemismo. Son, pues, casos especiales de metalenguaje. Ejemplos:

A la calle, así me gusta. No, mire, no hace falta exagerar las cosas ni desembaular palabrotas. (202)

Javierín, dile algo a papi... Oye, te voy a dar un cachete. ¡Dios mío!, ¿has oído, Javier, lo que te ha dicho? ¿No? Menos mal. Es que aquí aprende unas cosas que para qué te voy a contar. (100)

Había ido al Cole con Sole. ¡Oiga, por lo que echo de ver usted oye peor que los empleados del juzgado, que ya les puede usted decir, ya! Cole con Sole no es nada de eso que usted dice, sino algo más decente. (156)

Andá, ahora tenemos bronca, ven, ven, vamos a acercarnos a ver a quién podemos servir de testigos... Vaya, ya empiezan las palabrotas. Esto es malo, porque todo se pega, y luego vas y las largas en cualquier situación. (217)

En «Una tabarra» el interlocutor, al que no oímos, está obsesionado con algo desagradable relacionado con la guerra:

Ya está usted otra vez con lo mismo. ¡Qué manías agarra usted, vaya! (172) Pero ¿qué bicho le ha picado? No, por favor, no vuelva usted a las andadas, mire, yo también estuve en la guerra, en Soria. (174)

Pero, ¿otra vez con las mismas? Usted, con su rollo. (177)

Cómo vamos a hablar de eso que usted se trae. Nada, hombre, nada. Mire, aquí, aquí, solamente de cosas buenas. (172)

Por lo que veo, con usted no se puede, qué va, y es que cuando usted agarra un tema, ¿eh? Pues que lo agarra de veras. Los hay tercios, vaya. (174)

Como puede observarse, en todos estos ejemplos el hablante enlaza con la supuesta réplica de un interlocutor; pero lo hace en términos muy generales, sin repetir lexemas y estructuras que permitirían conocer exactamente lo expresado por aquél; con ello desaparecería el eufemismo¹⁵.

Como es sabido, algunos autores hablan también de presuposición léxica; pero es posible que al menos la mayor parte de los casos pueda explicarse más claramente en términos de solidaridad léxica y rasgo de clase. De forma que la ruptura con la coherencia léxica constituye un fácil mecanismo del insulto solapado:

¹⁵ W. Beinhauer (*El español coloquial*, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1973, pp. 156-65) señala el estrecho encadenamiento entre habla y réplica como rasgo del español coloquial; de forma que B repite lo dicho por A, responde con una pregunta de estructura idéntica, etc.

Por qué el ciempiés tiene tantas patas y don Crisanto, el alcabalero, solamente dos. (11)

Claro, ejemplos así no parecen realmente eufemísticos, puesto que el insulto es tanto o más crudo que la expresión directa.

La ambigüedad de una expresión se solventa frecuentemente gracias al contexto lingüístico: el mensaje va aportando progresivamente información nueva que, de ser aceptada por los interlocutores, se convierte al mismo tiempo en presuposición que ha de respetarse en la conversación posterior para que exista coherencia textual. Así, en el ejemplo siguiente «levantarse varias veces» sólo admite una interpretación eufemística precisamente porque la necesidad de coherencia presupone que esa expresión continúa el hilo del discurso en torno a un fenómeno fisiológico:

¿Tampoco tiene usted Hubermicrocetina dos? Es un diurético maravilloso. ¿Es posible que no conozca usted la Hubermicrocetina dos? ¡Caramba!, pero si no hay cosa mejor, se toma usted una cucharada y se tiene usted que levantar varias veces. (13)

En suma, los eufemismos surgen a partir de procedimientos muy variados, lingüísticos y pragmáticos, con los que se pretende velar más o menos sutilmente y que presentan diferente grado de complejidad: desde la simple suspensión hasta la implicatura con que se vertebra toda una conversación o un texto.

Parece evidente que todo lo dicho en las páginas anteriores apoya la afirmación de diversos estudiosos, en el sentido de que el eufemismo no es un fenómeno de lengua sino de habla: surgen en un discurso concreto. Cuando pasan a ser de conocimiento generalizado entre los hablantes, puede producirse fácilmente el cambio semántico, ya que en estos casos esas palabras o frases *no designan*, de forma ocasional, una referencia infrecuente, sino que *significan* lo mismo que la expresión lingüística eludida. Es un paso, pues, de la mera correferencia al fenómeno de la sinonimia. Entran así en el sistema de la lengua, dejan de ser eufemismos y se sitúan como fuente de polisemias y reajustes semánticos.

MARÍA ISABEL MARTÍN FERNÁNDEZ